

ras, Sancho no cree nada de cuanto Don Quijote ha dicho ver en la cueva de Montesinos. Por su parte, Don Quijote no está muy seguro tampoco de que todo ello no haya sido una pesadilla suya: y esta admirable, esta soberbia dubitación, de tanto valor clínico, le coloca á Don Quijote en el caso terrible de un amo que, por algún estilo, es inferior á su escudero y ha de vivir, en cierto modo, atenido y sujeto á su misericordia y bondad. Así tal vez en la vida nuestros mejores intentos se malogran por una nonada que amarra nuestra existencia á la de un ser que vale ménos que nosotros y nos agua las fiestas y nos apaga los entusiasmos. ¡Cuántas veces no se halló Cervantes en esta misma situación!

Pocos pasos después, aparece la misteriosa, la épica, la formidable figura de Maese Pedro, á quien Cervantes amaba como á una de sus más bellas creaciones: y para que sea aún más interesante, Maese Pedro lleva consigo á su enigmático mono, cuyas muecas y brincos nos causan tan profunda é inquietante impresión como los saltos y ladridos del perro Montiel en el *Coloquio de Cipión y Berganza*. Nadie mejor que Cervantes ha logrado soliviantar el ánimo de sus leyentes sacando de la inagotable realidad estos animales dotados de inteligencia, que nos paran pensativos y soñadores. Con pena se despide el gran creador de la hermosa figura de Maese Pedro, jurándose continuar con más espacio sus fechorías. Pasa, tras esto, la aventura del barco encantado y cuando ya el bobo lector puede creer que la corriente de sus sucesos va á arrastrar á Don Quijote como á tantos personajes de la novela escrita y de la vivida, el encuentro del andante hidalgo con la duquesa introduce al amo y al mozo en un nuevo y desconocido mundo.

Los veintisiete capítulos que tratan de las aventuras de Don Quijote en el palacio de los duques son considerados por muchos como lo mejor de la fábula. Cervantes puso en ellos las más graciosas aventuras, los más variados incidentes, todo cuanto podía hacer por animar la narración.

En ellos el lenguaje se ennoblece, el diálogo es más vivo que nunca, la descripción más rápida y sintética. Nada hay que no

podiera haber ocurrido, ya en el castillo de Pedrola, donde habitaban los duques de Villahermosa, condes de Ribagorza, señores de la casa real de Aragón, ya en cualquier otra mansión señorial, como la que el privado de Felipe III poseía en Lerma y otros nobles y grandes señores en diferentes lugares. Todo pudo pasar tal como se cuenta y todo pudo crear en la mente de Don Quijote nuevas ilusiones que renovasen y agravasen el empeño y creencia de sus caballerías. Los sucesos van hilvanándose de suerte que amo y mozo se vean envueltos en la ficción y á ella sometidos y con ellos el lector, quien tampoco discierne dónde empieza la comedia y dónde la realidad, como en esta ocurre á menudo.

Hay en estos capítulos un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío, que es, á no dudar, el gran secreto de la vida humana, el que sólo Cervantes y otros pocos filósofos como él poseyeron. La bienhechora idealidad de Don *Quijote* iba poco á poco infiltrándose en los ánimos más duros, primero en el del simple y bueno Sancho, después en los de las gentes sencillas del pueblo con quien ha tratado hasta entonces: sólo en el palacio de los duques, donde residen personajes de la más elevada sociedad española, aun cuando en algunos momentos parezcan el duque y la duquesa tomarle en serio, la verdad es que desde el principio hasta el fin se le considera como á un loco bueno para divertirse con él. Sólo en aquellas almas cortesanas habituadas al fingimiento y á la mentira no hay un poco de compasión para el caballero del Ideal. Sólo allí se burlan de él y no le comprenden. ¡Oh, bien sabía Cervantes y bien conocía lo que eran los señores cortesanos, como el duque de Béjar, el conde de Saldaña y acaso algunos otros á quienes se había dirigido demandando protección! ¡Quizás quizás no es muy aventurado ver una relación directa entre los festejos y holgorios que tomó por pretexto y *anima vili* á Don Quijote celebraban los duques en su castillo y aquellas otras fiestas con que en el palacio del Virrey de Nápoles se solazaban el conde de Lemos y sus cortesanos y seguidores, mofándose de las posaderas grandísimas del clérigo Bartolomé Leonardo y del mal humor de Diego Duque de Estrada y del

memori6n descompasado del ni6o prodigio Don Gabriel Leonardo de Albion, hijo del secretario Lupercio. Miguel, que tenia siempre los ojos vueltos hacia N6poles y albergaba constantemente en su alma la ilusi6n y la esperanza de volver 6 aquel lugar de sus delicias juveniles, no dejaba de pensar en el conde de Lemos y en su palacio cuando describía los acontecimientos del castillo ducal.

Las nobilísimas, las delicadísimas palabras y las caballerescas acciones del Ingenioso hidalgo manchego tal vez Miguel se las representaba como suyas para el caso de verse en aquella abundancia y nobleza: y quizás, desengañado y convencido por fin de que nada podía esperarse de la altanera, desconsiderada, frívola, ignorante y burlona aristocracia de su tiempo, ó quizás sin querer, dejando volar la pluma, hacía salir del castillo 6 Don Quijote, pasadas todas las aventuras y desventuras que en él acontecieron, como hacía salir de la ínsula Barataria 6 Sancho el grande y el bueno, sin que en las volubles é inconscientes almas del duque, de la duquesa ni de sus criados quedase una suave memoria de las discretas locuras del caballero andante ni de las humanas simplezas del escudero. Cuantos, antes y después que los duques, habían tratado 6 Don Quijote, al despedirse de él le querían ó le admiraban ó cuando ménos se compadecían de sus desvarios y recordaban sus razonables discursos y alababan sus loables propósitos y sus sinceros y honrados sentimientos. Nadie, ni siquiera Ginés de Pasamonte, habiendo hecho da6o, molestado ó perjudicado una vez al buen caballero, se sentía capaz de segundar en sus malos procederés. Solamente los poderosos duques habían de ser tan inhumanos que al volver el pobre caballero, vencido, de Barcelona, aún le preparasen una siniestra y ridícula mascarada sin gusto ni arte, como broma refrita y manida que de las que anteriormente imaginaron les sobr6, cual es la de la muerte de Altisidora.

Mentira parece que haya habido quien califique 6 los duques de muy discretos y delicados y no advierta que precisamente ellos son los únicos indelicados, groseros y torpes con el Caballero cuyas palabras habían bastado para urbanizar y acortésanar 6

pastores y aldeanos y para levantar 6 lo sublime el bajuno y villano carácter de Sancho Panza. En el palacio de los duques, el verdadero duque, el gran se6or, el digno de ser respetado y servido es Don Quijote. ¿No os hace pensar algo el hecho de que 6 Don Quijote le entendieran y le estimaran los cabreros y no le conociesen ni le comprendieran los se6ores de alta sociedad? ¿No recordáis que Jesucristo nunca entr6 en ning6n palacio y que le amaban solamente y le seguían los pescadores y las mozas de cántaro y las del partido? Vano es—Don Quijote lo acredita en esos veintisiete capítulos magistrales—llevar un ideal arrastrando por las aulas regias, implorando la protecci6n de quien nunca le vi6 6 la necesidad el feo rostro. No se predicán ideales ni se prometen edades de oro bajo techos de artes6n, ante mesas ricas, so bordados reposteros, ni el predicador eficaz se sent6 nunca en sillones muelles de terciopelo blasonado. Las ideas grandes requieren ser lanzadas con el cielo sobre la cabeza, con una piedra por p6lpito ó por asiento, con un árbol por dosel, teniendo por oyentes hombres y mujeres 6 quienes el sol tost6 las faces y la doblez no les arrug6 los corazones. ¿Qué sabían ni qué entendían de estas cosas el duque y la duquesa? Poco más ó ménos lo que entendería y sabría el conde de Lemos que en Nápoles seguía, y 6 quien sólo pudo contentar la encristalada y encerrada poesía de los hermanos Bartolomé y Lupercio, entonces ya difunto.

Alegre por demás sacaba 6 Don Quijote su autor del palacio ó castillo de los duques y le volvía 6 poner en el camino.

En la lucha perdurable, una vez más el camino había vencido 6 la casa. Tornaba 6 sus andanzas el caballero y por si no era bastante claro todo lo anterior, tropezaba con el valiente, discreto y generoso bandido Roque Guinart, ó Pedro de la Roca Guinarda, tatarabuelo de Carlos Moor y de los ladrones generosos de Schiller y de toda la caterva y numerosísima familia de estos grandes arregladores de la sociedad injusta y parcial. Después de Don Quijote, no hay en todo el libro personaje más simpático, más humano, con más claro concepto de la vida que este buen bandido Roque Guinart, en quien Cervantes vé, como ha visto

siempre en los de su laya todo sagaz pensador, no otra cosa que un hombre resuelto encargado de compensar á su manera las irritantes injusticias y de reparar con el atropello brutal los nefastos errores y crímenes de una sociedad que se empequeñece, se acoquina y se adapta gustosa y cobarde á un régimen de caciquismo y de favoritismo, como el que entonces nos aquejaba ya y del cual aún no hemos podido librarnos.

Roque Guinart es el reverso y el contrapeso del duque de Lerma: no hubiera existido Roque sin el duque. Vienen á veces en la historia rachas como esta, en que al bandidaje de las alturas responde otro esparcido con abundancia por los campos y que sólo á los directamente perjudicados por él inspira odio y repugnancia. Nadie aborrecía á Roque Guinart como nadie odió á los Siete niños de Écija ni á José María. El sentimiento ó el presentimiento de una justicia superior á la prostituída y corrompida en manos de jueces venales y de escribanos ladrones ha existido siempre en el pueblo. Tal sentimiento dictó las páginas en que Cervantes habla de Roque Guinart con tanta admiración como cariño. Las memorias de su juventud y de la vida libre de Italia regocijaban y refrescaban la mente del anciano escritor al pintar una vida envidiable como la de Roque Guinart: libertad con riesgo, con grandeza y bravura era lo más estimable en el mundo. Obsérvese cuán finamente, cuán hondamente nota el autor del *Quijote*, el soldado de Lepanto, cómo el heroísmo español ha ido á refugiarse en las sierras fragosas y anida en los corazones de los bandidos, porque ya hace tiempo que le arrojaron de la corte. Roque Guinart es el primero de todos los capitanes de ladrones que reemplazan en la realidad y en la poesía épica popular á los antiguos capitanes de soldados: es un descendiente de Don Juan y de Don Alvaro, de Don Lope de Figueroa y de Don Manuel de León. Llévadle á América y no se llamará Roque Guinart, sino Francisco Pizarro. La vida aventurera de Roque entusiasma al escritor hundido en las plebeyías y estrecheces de su *antigua y lóbrega posada*, piso bajo de la calle del León. Con esa vida sueña y no con la regalona medianía de Don Diego de Miranda.

Por desgracia, el tiempo de los heroísmos ha pasado. Es me-

nester que el caballero de los Leones sea vencido y que su vencimiento llegue en solemne ocasión, de modo que no vuelva á erigir la altiva cabeza. Para ello elige Cervantes á Barcelona, la hermosa, la noble, la valiente, la rica. La alegría que en ella reina es el mejor fondo para "la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido". Leamos y releamos esta aventura y no dejaremos de caer en la cuenta en que modernamente se ha caído del profundo simbolismo que encierran todas sus partes y sobre todo, las tristes, las dolientes, las desmayadas y flacas palabras del desfallecido y derrotado caballero. Aquí puso Cervantes lo mejor de su corazón, aquí sacó el dón de lágrimas que poseía como pocos escritores de los nuestros. ¡Quién no se siente conmovido al ver derrumbarse en este caso el castillo interior, el ensoñado alcázar de las ilusiones de Don Quijote y no se compadece de él y de su pobre caballo, cuya flaqueza tiene algo de humana debilidad! ¿Quién no llora leyendo la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote para colmo de humillación y de bajeza? Y ¿á quién no saca por última vez de la melancolía por tales sucesos provocada el ver cómo Don Quijote, al igual de su autor, sabía sacar nuevas ilusiones y esperanzas nuevas de las cenizas de las que acababan de hundírsele y quemársele y, no repuesto aún del amargor de su vencimiento, soñaba con entregarse á la dulce vida pastoril y al cultivo de la apacible poesía de los campos, como quien sabe ya por sangrienta experiencia que en los campos encuentra la verdad quien la busca ó la piadosa mentira quien de la verdad está desengañado?

Llegan, por fin, Don Quijote y Sancho á su pueblo, abatidos, derrotados, pero alegres con la resolución bucólica que toman. Una liebre cruza el camino, perros la siguen: mal agüero es aquel. Unos muchachos pronuncian al descuido algunas palabras que misteriosamente pueden ser interpretadas. A Don Quijote le recorre el cuerpo un escalofrío de terror.

Don Quijote entra en su casa, cae malo, vuelve á la razón, muere. Una imponderable y grandísima pena inunda nuestro ánimo. Lloramos la muerte de Don Quijote y el renacer de Alonso Quijano el bueno: nos apesadumbra no tanto el que Don Qui-

jote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndole morir y oyendo sus palabras, á las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez, á no ser las del Evangelio, pensamos todos en nuestra muerte y recorremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, con acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados ó destruídos.

A este íntimo arrancamiento de todo nuestro sér que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Aquí Homero cede, calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior á las demás humanas, porque solo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva á ser sollozo.

Y Cervantes, luego que tal hizo, como Dios, *vió que era bueno*.

CAPÍTULO LVIII

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

Satisfecho y orgulloso de haber compuesto el último libro de caballerías y de haber sacado á luz las que él creyó primeras novelas ejemplares según el modelo de los *novelieri* italianos, y más aún, siguiendo su propio arquetipo, quiso Cervantes forjar la primera novela larga de los tiempos modernos y para ello escribió, en los descansos que le dejaban las comedias y *Don Quijote*, la *historia setentrional* de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

Al componerla se dejó llevar Cervantes de la inclinación de todos los viejos á alardear de que conservan viva, fresca y lozana la fantasía juvenil. Aunque la repetición sea fastidiosa, recordemos la segunda parte del *Fausto*, el exceso y tropel de la fantasía que en ella puso su autor y la confusión y perplejidad en que el lector se vé entre tan variadas y dispares representaciones.— Aquí—pensó Cervantes, como pensó Goethe, como pensaron y piensan otros ilustres viejos—voy yo á echar y á poner de mi cosecha todo cuanto sé y cuanto me imagino, para que los venideros piensen de mí que aún hubiera podido vivir doscientos años componiendo obras maestras de todo linaje.—Y sin querer, le resultó la obra más libro de caballerías que el mismo *Quijote*, no en el sentido de que encarnase ningún ideal inasequible, sino en el de ser un libro de camino, un libro en el cual no se encuentra reposo, en el cual la casa, la quietud, el sosiego salen derrotados siempre.

Pero no se hable ahora de cómo realizó su intento, sino más